



HILVANANDO CIELOS

Paco Zarzoso



CARTAPACIO

Esta obra se estrenará el 16 de junio del presente año en la Sala Cunill
Cabanellas del Teatro San Martín de Buenos Aires.

PERSONAJES

CORDELIA, 16 años

MADRE, 50 años

PADRE, 50 años

ABUELO, 75 años

VECINA, 45 años

(Noche a la intemperie con grillos. Sobre el suelo de tierra batida, una mesa y varias sillas de diferente procedencia. Un columpio oxidado. Por un lateral entra la luz de una casa. LA MADRE y EL PADRE no se miran. Una ligera brisa mueve las ramas de una jacarandá repleta de flores celestes. Se escuchan los ladridos lejanos de perros.)

MADRE.- ¿Anoche tampoco dormiste bien?

PADRE.- Los perros tampoco durmieron...

(Pausa.)

MADRE.- ¿Estuviste despierto toda la noche?

PADRE.- A ratos dormía... y a ratos estuve despierto.

(Pausa.)

MADRE.- Te levantaste tres veces...

PADRE.- ¿Tres veces?

MADRE.- ¿Con quién hablaste por teléfono?

PADRE.- Con nadie.

MADRE.- La tercera vez... me pareció que hablabas con alguien.

PADRE.- Hablaría con los perros... *(Pausa.)* Salí al jardín porque me pareció oír pasos...

MADRE.- ¿Y por qué no me dijiste nada?

PADRE.- Alguien merodea por aquí. *(Pausa.)* Desde que llegamos a la casa oigo esos pasos.

MADRE.- Es el viento en la maleza...

PADRE.- No es la maleza... son personas...

CARTAPACIO

MADRE.– El viento en la maleza, se confunde con pasos...

PADRE.– Los perros nunca habían estado tan inquietos.

(Pauza.)

MADRE.– Tienen el mismo temperamento que tu padre...

PADRE.– ¿Quién?

MADRE.– Cuando tu padre está sereno, ellos están serenos, cuando tu padre está inquieto, ellos están inquietos...

PADRE.– ¿Hablas de los perros?

MADRE.– Y de las piedras, y de las sillas, y de la maleza, y de la jacarandá... *(Pauza.)* Aquí todo tiene el temperamento de tu padre... no solo los perros... hasta nuestra hija se parece cada día más a él.

(Pauza.)

PADRE.– Podemos volver a nuestra casa si quieres.

MADRE.– ¿Por qué dices eso?

PADRE.– Así Cordelia no pasará tanto tiempo con mi padre... Y quizá en la ciudad estemos más seguros...

MADRE.– Tú te emperraste en vivir en el campo hasta que pasara todo.

PADRE.– Hasta que acabara todo, querrás decir...

MADRE.– No pienso moverme de este lugar... Además ya me he hecho a la idea de quedarme aquí a esperar...

(Los dos miran al cielo.)

PADRE.– Faltan ciento ochenta y dos días...

(Pauza.)

MADRE.– A las doce de la noche... faltarán ciento ochenta y uno...

PADRE.– Hace seis meses... pensábamos que a estas alturas del año, esto sería el infierno...

MADRE.– El infierno...

PADRE.– ¿No era lo que pensabas?

MADRE.– Y en cambio todo sigue igual... bueno, casi igual... Tú tienes mucho más trabajo que antes.

PADRE.– ¿Quién me lo iba a decir?

(Pausa.)

MADRE.– ¿Cuántos capítulos más piensan rodar?

PADRE.– Cuanto más repugnante y estúpido me siento en la piel de ese personaje, la gente más me reconoce por la calle.

(Se oye un coche que arranca y se aleja a toda velocidad.)

PADRE.– ¿Son los vecinos...?

MADRE.– Nunca salen así.

(Pausa.)

PADRE.– Habrán tenido una emergencia.

MADRE.– ¿Qué emergencia...?

PADRE.– Son las personas más tranquilas que hemos conocido nunca.

MADRE.– Tarde o temprano los tejados que se sostienen con remaches caen al suelo por su propio peso.

PADRE.– ¿Qué quieres decir?

(Pausa.)

MADRE.– Las diez y media y Cordelia sin venir.

PADRE.– Han ido a pasear a los perros. Tranquilízate.

MADRE.– No me fío de tu padre.

PADRE.– Se adoran...

MADRE.– ¿No podría alguna vez actuar por ella misma?

PADRE.– Desde que la cría lo sabe todo... prefiere estar con él que con nosotros.

MADRE.– Habrá que aceptarlo.

(Pausa.)

PADRE.– ¿A qué hora llegarás mañana?

MADRE.– No lo sé.

PADRE.– ¿Cómo es posible que nunca sepas a qué hora vas a terminar de trabajar?

CARTAPACIO

MADRE.– El viernes tengo que entregar los planos de la primera fase.

PADRE.– ¿Es una clínica oftalmológica, no es eso?

MADRE.– Como la clínica antigua ha quedado pequeña, nos han encargado al estudio construir una mayor... Viene gente a operarse de todo el mundo.

(Pausa.)

PADRE.– ¿En qué barrio está la clínica?

MADRE.– Providencia.

PADRE.– Me parece tan raro que estés trabajando en los planos de un edificio que nunca se construirá. *(Pausa.)* ¿Al menos te pagan bien...? ¿Te darán un anticipo?

MADRE.– Desde que acabé la carrera de arquitectura nunca he trabajado en un proyecto que me haga tan feliz...

PADRE.– ¿Y qué tiene de especial?

MADRE.– ¿Qué?

PADRE.– La clínica que estás diseñando.

MADRE.– Que no se parece a nada que haya hecho hasta ahora.

PADRE.– ¿Y ya está?

MADRE.– ¿Te parece poco...? *(Pausa.)* Tiene un gran patio interior...

PADRE.– ¿Un patio interior?

MADRE.– Una especie de claustro ajardinado con bancos para esperar...

PADRE.– ¿Para esperar qué?

(Pausa.)

MADRE.– Jacarandás...

PADRE.– ¿Cómo?

MADRE.– El patio estará cubierto por esas preciosas jacarandás en flor... Hasta ahora no he sabido qué árboles podríamos plantar en el patio de la clínica.

PADRE.– Las jacarandás solo permanecen un mes en flor.

MADRE.– En los planos y sobre la maqueta, estarán siempre en flor. Por cierto, ¿desde cuánto tenéis esta jacarandá?

PADRE.– Cuando mi padre compró la casa, la jacarandá ya estaba aquí.

MADRE.– Tu padre me dijo que la plantó él.

CARTAPACIO

PADRE.— También iba a plantar doscientos árboles frutales... y no sé cuántos ornamentales... y quería construir una pérgola y un mirador y un orquidiario... y una jaula para gallos de indias... y un corral para criar faisanes y pavos reales... *(Pausa.)* Después de cuarenta años, ni siquiera ha construido unas miserables casetas para los perros...

MADRE.— También podrías construirlas tú.

PADRE.— O tú. *(Pausa.)* Pero ya sé que prefieres ocupar todo tu tiempo en los planos de un edificio que nunca se construirá.

(Pausa. Suena el teléfono.)

MADRE.— ¿Esperas alguna llamada?

PADRE.— ¿Y tú?

MADRE.— Voy a ver si es Cordelia.

(LA MADRE se dirige hacia la casa. Se oye el rumor de las ramas de la jacarandá con más intensidad. EL PADRE saca de un bolsillo un teléfono móvil. Marca un número. Pausa.)

PADRE.— Te quiero. *(Pausa.)* ¿Tú me quieres? *(Pausa.)* Claro que te quiero... *(Pausa.)* ¿Cómo no voy a quererte, si eres mi vida? *(Pausa.)* Te adoro y no puedo vivir sin ti. *(Pausa.)* Gracias a ti me olvido de todo este horror. *(Pausa.)* ¿Tú también te olvidas del horror? *(Pausa.)* ¿Ahora? ¿Pero cómo quieres que vaya a verte ahora? *(Pausa.)* Te prohíbo que vengas tú... Nos veremos mañana, ahora no, mañana... *(Mirando a un lateral.)* Tengo que cortar... en cuanto pueda, te llamo de nuevo... Claro que te voy a llamar... en cuanto tenga un momento, te voy a llamar... Te prometo que antes de irme a dormir, te volveré a llamar.

(EL PADRE, cuelga y se guarda el teléfono en el bolsillo. De la oscuridad, aparecen CORDELIA y el ABUELO con una escopeta.)

PADRE.— ¿De dónde venís?

ABUELO.— De por ahí.

PADRE.— ¿Y la escopeta?

ABUELO.— No tiene cartuchos...

PADRE.— Te he dicho cincuenta veces que no salgas con la escopeta.

- ABUELO.- ¿Te intimida verla aunque no esté cargada?
PADRE.- Si te ve la policía te vas a meter en un buen lío...
ABUELO.- Hemos venido campo a través...
PADRE.- ¿De dónde?
ABUELO.- Devuélveme mis cartuchos y te lo diré.
PADRE.- ¿Y los perros?
CORDELIA.- Vienen detrás.
PADRE.- ¿No van con vosotros?
ABUELO.- En la procesión de los borrachos, los muertos imitan el vuelo de las cornejas...
PADRE.- ¿Has bebido?
ABUELO.- Voy contento, y con la corte celestial adentro.
PADRE.- ¿Y los perros?
ABUELO.- Ellos también están contentos.
PADRE.- Qué extraño que no os sigan...
ABUELO.- Se han encontrado a una perrita en celo... ¿Tú no harías lo mismo? Dime... ¿Tú no harías igual?
PADRE.- Yo no soy un perro...
ABUELO.- Pues deberías hacer como ellos y liarle con todas las perras en celo que te cruces en el camino.
PADRE.- No hables así delante de tu nieta.
ABUELO.- Como si ella no tuviera...
PADRE.- (*Interrumpiéndolo.*) Cállate.
ABUELO.- Voy a por una cerveza. ¿Quieres una?
PADRE.- Ya me he tomado una.
ABUELO.- No te pregunto las que te has tomado... Te pregunto si quieres otra.
PADRE.- No me apetece...
ABUELO.- Si no te la tomas tú, me la tomaré yo.
PADRE.- ¿Es necesario que bebas tanto?
ABUELO.- Después del paseo, me ha entrado sed.
PADRE.- Beber no te sienta bien.
ABUELO.- Proponme algo que me siente bien. Proponme algo que me llene de un poco de dicha y lo haré... O al menos proponme algo que pueda hacer feliz al resto de la humanidad... Si me sacrificara dejando de beber y de fumar y con ello hiciera más feliz a mis pobres conciudadanos te juro que dejaría para siempre de fumar y de beber.
PADRE.- Si dejaras de beber, yo sería más feliz...

ABUELO.- Mi hígado ya no es un hígado... y mis pulmones ya no son unos pulmones... Podrían pasar antes por el amuleto de un carnicero o la mascota adormecida de un enterrador, antes que por un hígado o unos pulmones... lo único que tengo en buen estado es mi cerebro... Cada neurona sabe cuál es su cometido, todas saben quién es su amo y señor... queridas neuronas: dejad de comportaros como lúgubres plañideras y bailad al ritmo del nuevo son. (*Saca un cigarro.*)

PADRE.- ¿Dónde has comprado el tabaco?

ABUELO.- Lo he encontrado en el suelo...

PADRE.- (*A CORDELIA.*) ¿Dónde lo ha comprado...?

ABUELO.- Mañana salgo a cazar...

PADRE.- ¿A cazar?

ABUELO.- En mi terruño, las herramientas de los cuerdos, son los juguetes con los que se divierten los chiñados...

PADRE.- No te daré los cartuchos...

ABUELO.- ¿No oyes?

PADRE.- ¿Qué?

ABUELO.- Una banda de música...

PADRE.- Son grillos...

ABUELO.- Es música de banda... ¿Es que ya han empezado las celebraciones?

PADRE.- Papá, solo se oyen los grillos...

ABUELO.- Cuando se calla el mundo, se calla la banda... y cuando se calla la banda se calla el mundo... mi pregunta es: ¿Quién se callará antes la banda o el mundo?

PADRE.- Recuerda lo que te ha dicho el médico.

ABUELO.- Después de haber estado cuarenta años trabajando en la Compañía Nacional de Teatro Clásico cotizando a la seguridad social, creo que por fin me ha llegado la hora de ser un jubilado feliz que bebe, fuma y sale con mujeres sin tener que dar explicaciones a nadie. Voy a por otra cerveza...

(*El ABUELO sale.*)

PADRE.- ¿Dónde habéis ido?

CORDELIA.- A dar una vuelta...

PADRE.- ¿Dónde?

- CORDELIA.– Con los perros...
- PADRE.– ¿Adónde ha comprado el tabaco?
- CORDELIA.– Hemos encontrado un paquete empezado en el suelo...
- PADRE.– La misma marca que fuma el abuelo... (*Pausa.*) El único sitio cercano es *La luna azul*. ¿Lo ha comprado en *La luna azul*?
- CORDELIA.– Corazón es coração... abrazos, abraços... ojos, olhos...
Meus olhos abraçar seu coração... mis ojos abrazan tu corazón...
- PADRE.– ¿Tú también has estado bebiendo?
- CORDELIA.– Una de las chicas de *La luna azul* me ha prometido que si yo le enseño inglés, ella me enseñará portugués... del Brasil...
- PADRE.– ¿Qué has bebido?
- CORDELIA.– Un refresco...
- PADRE.– ¿Cuántas copas has tomado?
- CORDELIA.– No he bebido alcohol...
- PADRE.– ¿Has tomado cocaína?
- CORDELIA.– No.
- PADRE.– ¿Y por qué tienes las pupilas tan dilatadas?
- CORDELIA.– Vengo de la oscuridad... el abuelo y yo hemos regresado por un atajo en la más absoluta oscuridad.
- PADRE.– Si me entero de que esas putas te han invitado a cocaína se van a enterar... ¿Es que quieren carne fresca? Cordelia, no quiero que me engañes... Hagas lo que hagas, lo único que te prohíbo es que me engañes. ¿Qué has hecho en *La Luna Azul*?
- CORDELIA.– Justo cuando he entrado en *La Luna Azul*, me he dado cuenta de que estabas saliendo en la tele... y a esta amiga brasileña, le he dicho que ese actor, que en ese instante ocupaba todo la pantalla, era mi padre... y ella entonces... ¿Sabes lo que me ha preguntado?
- PADRE.– ¿Cómo es posible que un tipo tan espantoso... pueda tener una hija tan guapa? (*Se ríe.*)
- CORDELIA.– Me ha preguntado si estabas liado con tu hermana... (*Pausa.*) ¿Estás liado con ella? (*Pausa.*) Me da igual que te lées con todas las actrices del mundo, yo te seguiré queriendo igual...
- PADRE.– Yo os quiero a ti y a tu madre.
- CORDELIA.– Sin amor estamos flotando en el vacío... ¿No te cansas de estar tanto tiempo flotando en el vacío? (*Se pone a cantar una canción brasileña.*) La brasileña también me ha dicho que tu hermana después de liarse contigo te matará y luego se suicidará... ¿Es eso cierto?

PADRE.- Tu amiga... parece conocer mi destino, mucho más que los mismos guionistas... Por favor, Cordelia, prométeme que no acompañarás más al abuelo a *La luna azul*.

CORDELIA.- Y tú prométeme que no te enfadarás por algo que he hecho.

PADRE.- ¿Qué has hecho?

CORDELIA.- Si tú me prometes que no te vas a enfadar, yo te prometo que no diré nada de todo lo que sé a la mamá...

PADRE.- ¿Esas putas te han invitado a cocaína, verdad?

CORDELIA.- Mucho peor...

PADRE.- ¿Pero qué has hecho?

(*Aparece LA MADRE y abraza a CORDELIA.*)

CORDELIA.- ¿Por qué me aprietas así?

MADRE.- ¿Te hago daño?

CORDELIA.- Nunca me aprietas tanto.

MADRE.- Apriétame tú.

CORDELIA.- ¿Has hablado con el abuelo?

MADRE.- No me creo que hayas sido capaz...

CORDELIA.- No sé de qué estás hablando...

MADRE.- ¿Y los perros?

CORDELIA.- Por ahí...

MADRE.- ¿Por qué no vienen con vosotros?

CORDELIA.- Están dándole conversación a una perra...

MADRE.- Dime que no es verdad...

CORDELIA.- ¿Qué?

MADRE.- Lo que me ha dicho el abuelo, dime que no es verdad...

CORDELIA.- ¿Qué te ha dicho el abuelo?

MADRE.- Es la historia más horrible que he oído nunca...

PADRE.- ¿Qué ha pasado?

MADRE.- No me creo que hayas estado en un lugar tan espantoso... haciendo algo tan espantoso...

PADRE.- ¿Dónde han estado?

MADRE.- En la garita del guardabarreras... en la garita abandonada del guardabarreras...

PADRE.- ¿Qué ha pasado en la garita?

CORDELIA.- Si no le hubieras escondido los cartuchos...

CARTAPACIO

PADRE.- ¿Los cartuchos de la escopeta?

CORDELIA.- Sí, los cartuchos... si no se los hubieras escondido, no lo habría hecho.

(Pausa.)

MADRE.- Mírame a los ojos...

CORDELIA.- ¿Para qué?

MADRE.- Mírame a los ojos... y dime que no has visto nada.

CORDELIA.- Lo he visto todo.

MADRE.- Dime que no los has visto... mientras los ahorcaba...

CORDELIA.- Sin cartuchos... la única manera era ahorcarlos.

MADRE.- ¿Has visto cómo el abuelo ha ahorcado a los perros?

CORDELIA.- Si les hubiera disparado, hubieran muerto de repente y no habrían sufrido tanto...

PADRE.- ¿Acaso estaban enfermos? ¿Qué le han hecho esos pobres animales... para ahorcarlos?

CORDELIA.- Le he tenido que ayudar...

PADRE.- ¿A ahorcarlos? Dios mío.

MADRE.- ¿Has ayudado al abuelo a ahorcar a los perros?

CORDELIA.- Papá me ha dicho que a partir de ahora diga siempre la verdad... Me voy a duchar...

MADRE.- Espera...

CORDELIA.- Huelo a perro...

PADRE.- Los adorabas... ¿Cómo lo has podido hacer?

CORDELIA.- Para evitar más sufrimiento...

MADRE.- ¿A qué sufrimiento te refieres?

CORDELIA.- Imagínate que nuestros perros... mientras tú, papá, el abuelo, yo, dormíamos, nos hubieran atacado de repente...

PADRE.- Es lo último que hubieran hechos esos pobres animales...

CORDELIA.- En la tele no dicen nada para no asustarnos... pero desde que los perros saben lo del meteorito... ya se están formando las primeras jaurías...

PADRE.- ¿Esa majadería te la ha dicho el abuelo?

CORDELIA.- No me lo ha dicho.

PADRE.- ¿Por qué siempre tienes que defenderlo? ¿Por qué siempre tienes que defender a todos?

CORDELIA.- También lo he soñado...

PADRE.- ¿Qué has soñado?

CORDELIA.- Que todos los perros de pronto se volvieran salvajes... Por eso hay que sacrificarlos antes de que enloquezcan y nos ataquen... Tenéis que devolverle los cartuchos al abuelo.

(Pausa.)

MADRE.- En la cocina está preparada la cena...

CORDELIA.- Antes me voy a duchar...

MADRE.- Dúchate y luego cena...

CORDELIA.- Más que molestarme el olor a perro, me molesta el olor a riñones crudos...

PADRE.- ¿Riñones crudos?

MADRE.- ¿No me digas que el abuelo, también te ha obligado a comer riñones crudos?

CORDELIA.- Para tranquilizarlos les hemos dado unos riñones crudos... Teníais que haberle visto la cara de felicidad con su última cena... era tal la cara de satisfacción de esos perros... que por un momento he tenido ganas de ser uno de ellos.

MADRE.- Por una vez, podrías ser tú... por una vez, podrías dejar de pensar como tu madre, como tu padre, como tu abuelo, o como esos perros... y tratar de ser solo tú.

CORDELIA.- Sabéis lo que os digo... Que en el fondo me alegro de todo lo que va pasar...

MADRE.- ¿De qué estás hablando?

CORDELIA.- Y que dentro de seis meses, vaya a llegar el final.

PADRE.- ¿Qué tonterías estás diciendo?

CORDELIA.- Tantas veces he llorado de rabia, pensando que en algún momento tendría que elegir entre ser arquitecta o actriz... Me horro-
riza pensar que un día tendría que elegir entre uno de los oficios... No hubiera soportado defraudaros a ninguno de los dos...

MADRE.- Yo nunca te he pedido que fueras arquitecta.

PADRE.- Ni yo que fueras actriz.

CORDELIA.- También he pasado muchas noches en vela pensando que llegaría un momento en el que tendría que elegir entre amar a uno u odiar al otro... Sois dos personas tan distintas... Solo me dormía imaginando que me partía en dos el corazón y os ofrecía a cada uno un trozo... Pero por suerte ese momento no va a llegar...

(LA HIJA *se va. Pausa larga.*)

PADRE.– Mañana me toca rodar en exteriores... Con este calor trabajar en exteriores, bajo un sol de justicia, es un absoluto infierno... Es falso que existan trajes frescos... es imposible ponerte una camisa y una chaqueta encima y bajo un sol de justicia estar fresco... La mayoría de mis compañeros soportan mejor el calor que el frío... yo, en cambio prefiero rodar en exteriores en el más crudo invierno que bajo un sol de justicia... (*Mirando el cielo.*) Ni una nube... Si al menos amaneciera nublado, la sesión no sería un putito infierno...

(*Pausa.*)

MADRE.– Infierno...

PADRE.– ¿Qué?

MADRE.– Has vuelto a decir infierno...

PADRE.– ¿Cómo?

MADRE.– Lo has nombrado dos veces.

PADRE.– Pensé que no me escuchabas.

MADRE.– ¿Tanto miedo le tienes?

PADRE.– ¿Al infierno? Ya sé que a ti últimamente te da igual congelarte de frío que morir achicharrada... ¿Es posible que para ti exista algo, fuera de esos planos.? (*Pausa.*) ¿Por qué me dijiste ayer que todos en el estudio de arquitectos están volcados en el diseño de esa clínica... cuando solo estás trabajando tú?

(*Entra EL ABUELO con una cerveza y la escopeta.*)

ABUELO.– El gigante que sostiene el mundo se está cansando y ya no puede más... hay que animarlo con nuevos juegos de palabras, elaborados con los verbos más viejos...

PADRE.– ¿Te vas a beber otra jodida cerveza?

ABUELO.– ¿Me ayudarás a enterrar los perros que he matado?

PADRE.– No te ayudaré si antes no guardas la escopeta...

ABUELO.– Deberíamos enterrarlos antes de que venga la jauría...

PADRE.– ¿Qué jauría?

ABUELO.– Estos bichos no tienen telescopios, pero saben mejor que nosotros la que se nos avecina... A pesar de que ese pedrusco... (*Mirando*

hacia el cielo.) todavía está a no sé cuántos millones de kilómetros, estos bichos ya son capaces de olerlo...

PADRE.- Alguien se acerca.

MADRE.- Es el viento en la maleza...

PADRE.- No es el viento, son pasos...

MADRE.- Se ve una sombra...

PADRE.- No es una sombra, es una persona...

MADRE.- Sí, alguien se acerca...

PADRE.- Si no hubieras matado a los perros... ahora sabríamos si son amigos o enemigos...

MADRE.- ¿Es una mujer?

PADRE.- ¿Una mujer?

MADRE.- ¿No es la vecina?

PADRE.- ¿Cómo va a ser la vecina?

MADRE.- ¿Por qué no iba a ser la vecina?

ABUELO.- Ya está cruzando los pestilentes muros de nuestra hacienda...

la propiedad privada de nuestro coto... Matemos al prójimo que esconde fronteras y dividendos bajo la alfombra... ¡Hembra, entra en mis huertos!

(De entre las sombras aparece LA VECINA.)

VECINA.- Buenas noches...

PADRE.- Buenas noches...

VECINA.- ¿Cómo es que no han salido los perros?

ABUELO.- Están durmiendo...

VECINA.- Siempre salen a ladrar.

ABUELO.- Han cazado todo el día... y están reventados...

(Pausa.)

VECINA.- Os he llamado por teléfono...

PADRE.- Cuando hay viento, a veces no se oye el teléfono.

VECINA.- ¿Y Cordelia?

PADRE.- Ella sí que está dentro.

VECINA.- Me gustaría hablar con ella.

MADRE.- Se está duchando...

VECINA.- ¿Ahora?

PADRE.— Sí.

(*Pausa.*)

ABUELO.— ¿Por qué tienes las uñas de una mano pintadas y las de la otra no? (*La VECINA estira los dedos y se mira las uñas de las manos.*)

VECINA.— No lo sé.

ABUELO.— Hombres y mujeres deberíamos ir desnudos y con las uñas de los pies pintadas... solo así, podríamos conseguir la gran reconciliación... solo con las uñas de los pies pintadas de todos los colores podríamos firmar a ciegas todos los pactos, treguas y armisticios...

(*Pausa.*)

MADRE.— ¿Es por el libro que le dejaste?

VECINA.— ¿Cómo?

MADRE.— ¿Has venido para que Cordelia te devuelva el libro que le dejaste?

VECINA.— Yo no le dejé ningún libro...

MADRE.— Me dijo que se lo habías dejado tú.

VECINA.— Se lo dejaría mi marido.

(*Pausa.*)

ABUELO.— ¿Cómo está tu padre?

VECINA.— ¿Mi padre?

ABUELO.— Hace tiempo que no lo veo.

VECINA.— Mi padre murió.

ABUELO.— ¿Tu padre? No me lo puedo creer.

PADRE.— Papá, el señor Andrés murió el año pasado... ¿No te acuerdas que fuimos todos al tanatorio?

ABUELO.— No recuerdo que fuéramos en mi coche.

PADRE.— Porque fuimos en el mío.

ABUELO.— A los tanatorios y a los cementerios solo voy en mi coche... por eso sospecho que tu padre no ha muerto...

PADRE.— Papá...

ABUELO.— ¿No lo habréis enterrado vivo?

- PADRE.- ¿Puedes ser un poco más respetuoso con Carmen? Das agonía y te comportas como un niño...
- ABUELO.- Tu padre está vivo, lo vi la semana pasada...
- VECINA.- No sería mi padre...
- ABUELO.- Lo vi ahí mismo... a las doce de la noche... en los lindes de mi finca con la vuestra... me pidió fuego y yo un cigarrillo... y allí estuvimos los dos hablando de nuestras cosas... riéndonos de nuestras cosas... También nos reímos de ese carroña que sobrevuela nuestras cabezas y que por suerte a los dos nos importa un comino.
- MADRE.- (A/ ABUELO.) La cena está en la cocina. ¿No te apetece cenar?
- ABUELO.- A estas alturas, dentro de mi cuerpo, solo la cerveza se transforma en sangre. ¿De qué murió?
- VECINA.- ¿Cómo?
- ABUELO.- Tu padre, ¿de qué murió?
- VECINA.- Del corazón.
- ABUELO.- Entonces estará vivo... ¿Dónde lo enterrasteis?
- VECINA.- Lo incineramos.
- ABUELO.- ¿Pero seguro que lo incinerasteis a él?
- PADRE.- Papá.
- ABUELO.- ¿Seguro que no incinerasteis a otro?
- PADRE.- Papá, cállate ya.
- ABUELO.- ¿Le diste un beso antes de cerrar el ataúd?
- VECINA.- ¿Por qué no se lo iba a dar?
- ABUELO.- El instante en el que tus hijos se acercan al féretro para besarte, es cuando padres y madres debemos mostrar nuestro mejor semblante... Aunque este caradura no se lo merezca... (Refiriéndose al PADRE.) he ensayado miles de veces ese momento... cerrando los ojos, concentrado en los pensamientos más amorosos buscando la sonrisa perfecta, y conteniendo la respiración para no desprender el tenebroso aliento de la muerte...
- PADRE.- Por desgracia, tanto ensayo no te ha servido para nada ya que nos quemaremos todos al mismo tiempo.

(EL ABUELO *se tumba encima de la mesa.*)

- ABUELO.- Hazme un favor: Démosle un sentido, una utilidad a todos esos ensayos... Déjame, aunque solo sea por una vez representar este

momento estelar... Dame un beso hijo. Un beso a tu padre muerto. Un beso a estos restos mortales... (*Pausa.*) ¿Tienes miedo? Yo también tuve miedo cuando besé a mis padres muertos... De todas maneras ahora es diferente ya que ni yo soy un padre muerto, ni tú un hijo huérfano... los dos tenemos que actuar... Venga, acércate y bésame... bésame y yo me dejaré besar representando este momento crucial... (*Pausa.*) No te atreves porque eres un actor malo... un actor pésimo. Hasta que mi nieta no aprenda el oficio, el teatro estará muerto. Muerto. Muerto. Muerto. (EL ABUELO *se levanta.*) Aprende de mí.

(*Actuando de manera afectada, mirando al cielo.*)

Oh vagabundo y solo
sin nombre todavía
viajero hosco
nómada de los cielos
que te aproximas en errante silencio
a todos nosotros
¿A qué se debe tu ingrata visita?

(*Sale EL PADRE.*)

¿Qué te hemos hecho bandido?
Con tu linterna en la mano
pareces el acomodador del cine
de nuestras almas
Esta película no se parecerá al resto
de las películas
Cambia tu linterna
por un fonendoscopio para auscultar
nuestros tristes corazones
vacíos y tristes corazones
Voy a por otra cerveza...

(EL ABUELO *sale. Pausa larga.*)

VECINA.– Este sitio... cuando eres feliz es el rincón más hermoso del planeta... lo digo yo que he viajado toda mi vida y he estado como

aquel que dice en santuarios naturales maravillosos de los cinco continentes... En cambio cuando estás triste este lugar puede llegar a ser el más cruel de todos... Esta mañana, por ejemplo... por un momento he pensado que era la persona más feliz del mundo... estaba desayunando en el porche... y te juro que era la persona más feliz del mundo... en cambio ahora...

MADRE.- Carmen, ¿Estás llorando?

(Pausa.)

VECINA.- Sé que he acercado la mano a algo terrible... y que me producirá un dolor insoportable... lo que no sé es si la he acercado a un montón de ortigas... o la he metido en un nido de víboras...

PADRE.- Carmen, ¿qué te ha pasado?

VECINA.- ¿Puedo ver a Cordelia?

MADRE.- ¿Qué quieres de ella?

VECINA.- No puedo decírtelo.

MADRE.- ¿Ha pasado algo con tu marido? Hemos oído el coche que salía a toda velocidad... ¿Cordelia tiene algo que ver con todo esto?

(Pausa.) Carmen por favor, dime algo...

(Pausa.)

VECINA.- Mi marido y yo nunca quisimos tener hijos... porque lo que más nos gustó siempre fue viajar... Pero ahora ya sé que no hemos viajado nunca a ningún sitio... A pesar de haber recorrido decenas de miles de kilómetros y haber acumulado centenares de puntos en no sé cuántas aerolíneas por miles de kilómetros volados, ya tengo claro que mis huesos apenas sé han movido de esta loma...

(Entra EL ABUELO con una cerveza y la escopeta interrumpiendo.)

ABUELO.- Mi nieta está embarazada de tres meses... ¿Es eso lo que quieres saber, verdad vecina? *(Pausa.)* Mi nieta está embarazada de tres meses de tu marido... ¿Era esa la embarazosa pregunta? Pues ya tienes la incómoda respuesta... tan incómoda como las butacas del Clásico... Si todavía trabajara allí, supongo que lo celebraría invitando a un puro al jefe de sala, a los acomodadores, a las taquilleras, a

todos los eléctricos y maquinistas... un puro habano para todo el equipo técnico del Clásico... Mi nieta del alma, mi nieta del corazón protagonista de una epifanía mundana y cósmica a la vez... embarazada de tres meses...

(Mirando al cielo.)

Oh, invisible centauro rocoso
¿quién te ha impulsado
desde los manantiales sombríos
de la luz y del sueño?
Fuera de escena todavía
en las bambalinas astrales
esperas fumando
una entrada triunfal
Tu caída es ya es mi caída
Y tu derrumbe coincidirá con un alumbramiento
¿Quién llegará primero
tú o mi biznieto?

Hagan sus apuestas señores... *(Apuntando con la escopeta hacia el cielo.)* Quizá si todo la humanidad tuviéramos una escopeta cargada como esta y disparáramos a la vez contra ese pedrusco lograríamos desviarlo... ¡Hagan sus apuestas señores! ¿Qué caerá antes el telón de acero del gran teatro del mundo, o el teloncillo bordado en oro de las fruslerías mundanas? Señoras y señores adquieran ya su paraguas de asbesto si quieren permanecer en sus asientos hasta el final del largometraje... Virgen de la Piedra del Choque, Patrona Lusitana de los Desamparados... haz de tu capa un búnker donde podamos salvaguardarnos del impacto... Ya que en esta ocasión no habrá ningún estado ni multinacional que nos proteja del descalabro... Seguro que los nuevos terratenientes ya tienen sus maletas preparadas para irse a Marte con sus yates, sus tripulaciones y sus tolerantes esclavos... también contra vosotros disparo. *(Intenta disparar.)* ¿Y mis cartuchos? ¿Dónde están mis cartuchos? Mi reino por un cartucho.

(Aparece CORDELIA recién duchada y con un albornoz.)

CORDELIA.– Abuelo, en la tele están echando un documental de castillos...

ABUELO.– ¿De los que a mí me gustan?

CORDELIA.– Son muy antiguos.

ABUELO.– ¿Están hechos polvo?

CORDELIA.– Ruinosos.

ABUELO.– Eres un sol Cordelia... mi princesa preferida... ¿Por qué siempre encuentras en esa reunión de brujas todos los programas que te pido? No solo eres mi ángel de la guarda, sino la directora de orquesta de mis latidos... Si en vez de ser actor, fuera músico, te juro nieta mía que no habría caído en las zarpas sonámbulas del alcoholismo... pero es imposible salir a escena sobrio y librar con dignidad una carrera entre tu alma y tus huesos... (*Mirando a su sombra.*) Sombra, mi sombra... no caigas en las redes de la luz, sin despedirte de mí en sueños...

(*Se acerca y le da un beso a CORDELIA. Sale EL ABUELO.*)

MADRE.– Cordelia... ¿No saludas a Carmen?

CORDELIA.– Buenas noches, Carmen.

MADRE.– Carmen te quería preguntar algo.

CORDELIA.– ¿Qué quieres preguntarme Carmen?

VECINA.– ¿Sería posible que pudiéramos quedarnos a solas?

MADRE.– Mi hija es una menor.

VECINA.– No tan menor...

MADRE.– Con dieciséis años, todavía es una menor...

(*Pausa.*)

VECINA.– Cordelia... ¿Crees que hay gente buena en el mundo?

CORDELIA.– Mucha gente...

VECINA.– ¿Y gente mala?

CORDELIA.– Mucha también.

VECINA.– Pero... ¿Crees que hay más gente buena o mala?

CORDELIA.– Tengo dieciséis años... todavía no conozco a todo el mundo...

VECINA.– Yo tampoco... pero hago el esfuerzo de imaginarlos...

CORDELIA.– ¿Y tú qué crees?

VECINA.- ¿De qué?
CORDELIA.- De si hay más gente buena o mala en el mundo...
VECINA.- Quiero saber qué piensas tú.
CORDELIA.- ¿Por qué?
VECINA.- ¿Yo soy una buena persona para ti? (*Pausa.*) Dime, ¿soy una buena persona?
CORDELIA.- Sí
VECINA.- ¿Seguro?
CORDELIA.- Estoy segura que sí.
VECINA.- ¿Y mi marido?
CORDELIA.- Tu marido.
VECINA.- Sí, mi marido.
CORDELIA.- No lo conozco tanto como a ti.
VECINA.- ¿No lo conoces tanto como a mí?
CORDELIA.- Creo que no.

(*Pausa.*)

VECINA.- ¿Pero pensarías que es una buena persona?
CORDELIA.- ¿Por qué no iba a serlo?
VECINA.- ¿Hasta el punto de dar la vida por alguien?
CORDELIA.- Todos podemos dar la vida por alguien...
VECINA.- ¿Crees que mi marido sería capaz de dar la vida por ti? (*Pausa.*) ¿Por qué te quedas callada como una imbécil? Dime... ¿Crees que mi marido podría dar la vida por ti?
MADRE.- Se acabó el interrogatorio... Cordelia, por favor, ve a secarte el pelo, ponte el pijama y espérame en tu habitación...

(*Cuando CORDELIA va a salir, la VECINA le coge de la mano.*)

MADRE.- Suéltate la mano.
VECINA.- (*A CORDELIA.*) ¿Dónde lo hicisteis?
CORDELIA.- ¿Qué?
VECINA.- Mi marido y tú...
CORDELIA.- No sé de qué me estás hablando...
VECINA.- ¿Estuvisteis en mi casa?
CORDELIA.- No sé a qué te refieres...
VECINA.- ¿Estuvisteis en la habitación?

CORDELIA.– Mamá, quiero irme a dormir...
VECINA.– ¿Dónde te dio el libro mi marido?
MADRE.– Carmen, ¿Por qué no te vas con tu hermana?
VECINA.– Mi hermana...
MADRE.– Yo si estuviera en tu lugar, me iría con tu hermana...
VECINA.– ¿Si estuvieras en mi lugar?
MADRE.– ¿No tienes ningún amigo, ninguna amiga?
VECINA.– No se ha llevado dinero, ni ropa...
MADRE.– ¿No tienes a nadie con quien hablar?
VECINA.– Ni siquiera se ha llevado una botella de agua o un bocadillo...
MADRE.– No deberías pasar la noche sola...
VECINA.– Tampoco se ha llevado el teléfono...
MADRE.– Si me das el número de tu hermana, la puedo llamar yo...
VECINA.– Habrá ido a llenar el depósito de gasolina y volverá... Últimamente andaba muy preocupado con tener siempre lleno el depósito de la gasolina... Al mediodía cuando hemos salido para comer fuera, el depósito se había quedado por la mitad... y por eso se ha puesto muy nervioso... seguro que ha ido a la gasolinera y tarde o temprano volverá.

(Pausa.)

CORDELIA.– Carmen, tu marido y yo estuvimos juntos en la garita abandonada del guardabarreras... En esa misma garita donde esta noche mi abuelo y yo hemos ahorcado a mis perros... la única diferencia es que tu marido y yo estuvimos en la garita de día, y a los perros los hemos ahorcado de noche... Estaba tan oscura la garita cuando el abuelo y yo hemos entrado con los perros... que únicamente he reconocido el lugar por el olor...

(Pausa larga.)

VECINA.– ¿Se ha encendido una luz en mi casa, verdad.?
MADRE.– Están las mismas luces de siempre...
VECINA.– Aparte de la luz del porche... ¿No está la luz de la cocina también encendida?
MADRE.– Solo está la luz del porche...
VECINA.– ¿Y ahora no se ha encendido la luz de mi dormitorio?

MADRE.– Solo está la luz del porche...

VECINA.– Está la tele encendida. ¿Quién ha encendido la tele?

MADRE.– Nadie ha encendido la tele.

VECINA.– ¿Y por qué hay luz en el salón?

MADRE.– El salón está a oscuras... (*Pausa.*) ¿Quieres que te acompañe?

VECINA.– Al viajar tanto nunca quisimos tener perros... por eso vuestros perros eran también los nuestros...

MADRE.– ¿Quieres una linterna?

VECINA.– Veo la luz del porche y reconozco esa misma luz en tantas otras noches de verano... Hay luz suficiente para llegar hasta la casa... la casa de la admiración... la casa de la veneración... la casa de la tranquilidad, la casa del éxtasis y la casa de la compasión... desde aquí, reconozco la casa del amor sencillo, la casa del deseo, la casa de la esperanza... ¿No me digáis que desde aquí, mi casa no tiene algo de la casa de la esperanza? La casa de la esperanza, no mía, ni nuestra, sino de todos nuestros amigos... Porque nuestra casa era la casa de la esperanza de todos nuestros amigos... Pero también, a estas horas, y con el rumor del viento, de este viento que mueve las ramas de estos árboles tan extraños, ahora desconocidos, mi casa, esa casa, también es la casa del temor, de mis temores antiguos, presentes y futuros... la casa del desprecio, pero también la casa del horror y del espanto... También la casa de los celos... de los terribles celos. La casa de la tristeza, la casa del hombre triste y la mujer triste, la casa del abatimiento, la casa del dolor... la casa de la alegría que se transformó en cólera... nuestra casa, la casa de él y mía... y que ahora es solo mía... pero que también es suya... pero que también es la casa de todos... de todos los que entrasteis por una de esas puertas... la casa de la extrema desesperación, la casa de la rabia... Ahora no entiendo cómo todos estos años, he podido abrir con una sola llave tantas puertas... ¿Por qué puerta tendré que entrar ahora? (*Pausa.*) Por favor, si alguien pregunta por nosotros... decid que mi marido se ha ido de viaje... también decid que yo me he ido de viaje... que nos hemos ido de viaje juntos... que nos quedaba todavía un lugar por conocer...

(*Salte LA VECINA.*)

MADRE.– ¿Qué libro te regaló su marido?

CORDELIA.– *Arde el río.*

MADRE.- ¿Es una novela?
CORDELIA.- No sé.
MADRE.- ¿Poesía?
CORDELIA.- No tengo ni idea...
MADRE.- *Arde el río...* ¿Te lo prestó o te lo regaló?
CORDELIA.- No me acuerdo.
MADRE.- ¿Cuándo te lo regalo?
CORDELIA.- No te he dicho que me lo regalara.
MADRE.- ¿Te lo prestó?
CORDELIA.- Me lo dio.
MADRE.- Si te lo dio, es que te lo regaló...
CORDELIA.- Qué más da... qué más da lo que haya pasado... si ya todo da igual... si todo lo que hagamos ya no irá a ningún sitio...
MADRE.- ¿Dónde lo tienes? ¿Dónde tienes el libro?
CORDELIA.- No me gustaba cómo olía...
MADRE.- ¿Quién?
CORDELIA.- El libro... llevaba ese olor característico que le ponen a los libros nuevos para que parezcan antiguos...
MADRE.- No sé qué olor es ese...
CORDELIA.- Desde que estoy embarazada todo huele más intensamente... los olores buenos y también los malos... de hecho, desde que he salido de casa, noto un olor como a bacalao... como a bacalao seco... ¿no será que ya se están descomponiendo los cadáveres de los perros? También noto ese olor dulzón de las jacarandás... y la mezcla de los dos olores me está mareando y me están entrando ganas de vomitar...

(Entra EL PADRE con una cerveza. Se pone a dar vueltas. Se queda en un extremo mirando la jacarandá.)

PADRE.- Se acaba de fundir una de las bombillas del cuarto de baño pequeño y no me gusta afeitarme en el cuarto de baño grande... pero también me da rabia afeitarme con poca luz en el pequeño... de alguna manera el cuarto de baño grande es el vuestro... y el mío y el de mi padre es el pequeño... Es una costumbre, que se convirtió en rutina y la rutina se ha transformado en hábito... y ahora con el tiempo ya es difícil volver atrás... completamente imposible... Sustituiré, aunque sea por esta noche, la bombilla fundida por una de las que mi padre trajo de los camerinos del Clásico. Seguro que con la luz de esas

bombillas se maquillaron actores magníficos... No pasa nada que me afeite, aunque sea por una noche, con la luz de una de esas bombillas. Creo que no es ningún desprestigio que un actor corriente como yo se afeite, aunque sea por una noche, con la luz de las bombillas con la que se maquillaron actores de la talla de mi padre. ¿Verdad que a él no le importará?

MADRE.- El cuarto de baño pequeño es solo tuyo, tu padre ya no lo utiliza.

PADRE.- ¿Es que acaso usa el vuestro?

MADRE.- No usa ninguno.

PADRE.- ¿Qué quieres decir?

MADRE.- Hace semanas, y tú lo sabes mejor que nadie, que tu padre no entra en ningún cuarto de baño... Solo tienes que darte un paseo por los alrededores para darte cuenta...

(Pausa. El PADRE enciende un cigarrillo.)

MADRE.- ¿Por qué no te sientas con nosotras?

PADRE.- Cuando me fume el cigarrillo...

MADRE.- También puedes fumártelo, aquí, sentado lejos de los árboles. Está todo muy seco.

PADRE.- Prefiero quemar las jacarandás a molestar con el humo a mi hija. *(Pausa.)* ¿O crees que soy tan inconsciente, como para fumarme un cigarrillo y tirarle el humo a mi hija, conociendo su estado?

(Pausa.)

CORDELIA.- ¿Te lo ha dicho el abuelo?

PADRE.- Ya que ni mi mujer, ni mi propia hija me anuncian las cosas importantes... *(Pausa.)* Cómo me gustaría en estos momentos tener un guión... un par de hojas con unas cuantas réplicas a las que agarrarme... De verdad que me conformaría con un par de hojas... y así poder decir unas palabras de padre a hija con un mínimo de sentido... Pero para esta situación precisaría un guionista de los buenos... el mejor guionista... pero por desgracia no hay ningún guionista entre los árboles dispuesto a darme unas cuantas réplicas con un mínimo de lucidez... Tú, siendo su madre, quizá tengas más recursos para salir holgada de esta secuencia... Yo te juro que necesitaría un guionista

pero de los buenos para salir airoso de esta situación... *(Pausa.)* Estoy tan bloqueado que también me conformaría con un guionista mediocre... de los que me escriben esos diálogos infectos que han acabado pudriéndome la cabeza... *(Pausa.)* Tampoco puedo echar mano de otras secuencias que haya rodado en el pasado, porque de verdad que esta situación no se parece a nada de lo que he rodado nunca. *(Pausa.)* Te quiero mucho hija, créeme si te digo que te quiero mucho. ¿Cómo no voy a quererte, si eres mi vida? Te adoro y no puedo vivir si ti. Gracias a ti me olvido de todo este horror... ¿Tú también te olvidas del horror cuando estamos juntos...?

(Se oye como se acerca un coche. Se detiene muy cerca de la casa. Suena el claxon del coche. Todos miran hacia allí.)

MADRE.- ¿Quién es?

(Pausa.)

CORDELIA.- Parece un taxi.

MADRE.- No es un taxi.

CORDELIA.- Será alguien que se ha perdido.

(Vuelve a sonar el claxon. Pausa.)

MADRE.- No parece nadie conocido.

CORDELIA.- Solo se ve una cabeza...

(Pausa.)

MADRE.- ¿Es una mujer?

CORDELIA.- Lleva el pelo largo...

MADRE.- Podría ser una mujer entonces...

CORDELIA.- Tiene las manos en el volante...

MADRE.- Una mano en el volante... y la otra no.

(Pausa.)

CORDELIA.- Una mano en el volante, y la otra en el retrovisor.

CARTAPACIO

(Suena el teléfono del PADRE. Él lo coge. Lo mira, pero no lo descuelga.)

MADRE.- ¿Quién es?

PADRE.- No lo sé...

(Pausa.)

MADRE.- ¿No contestas?

PADRE.- No sé quién es. ¿Cómo quieres que conteste si no sé quién es?

MADRE.- ¿Y no lo quieres saber?

PADRE.- Es tarde.

MADRE.- ¿Quién puede llamarte tan tarde?

PADRE.- Gente que se aburre por las noches... gente que sigue mi serie y como se mueren de impaciencia, me llaman para que les adelante qué pasará en el capítulo siguiente... porque algunos están tan enganchados que ni siquiera se duermen...

(Se calla el timbre del teléfono. Pausa. Suena el claxon.)

CORDELIA.- ¿Cómo se dice, cuando dos hermanos se acuestan juntos?

(Pausa.)

MADRE.- Incesto.

CORDELIA.- Y cuando matas a un hermano o una hermana, ¿eres un fraticida, verdad?

MADRE.- Sí.

(Suena el claxon.)

CORDELIA.- ¿Y los parricidas, son los que matan a sus padres, verdad?

PADRE.- Haz el favor de callarte.

CORDELIA.- Y los que matan a sus perros... ¿Cómo se llaman? *(Pausa.)*

Justo antes de ahorcar a los perros... he notado un olor diferente... un olor que no había oído nunca... y creo que era el olor del miedo... del miedo de los perros... y ahora papá... tú hueles parecido... hueles parecido a esos perros... ¿Qué te pasa? ¿De qué tienes miedo?

(Suena el claxon de nuevo.)

MADRE.— Si esa mujer sigue con el motor apagado y los faros encendidos... y tocando el claxon de esa manera... se le va a acabar la batería y luego no podrá arrancar. Vete por favor antes de que se le gaste la batería... sería patético que tu hija y yo tuviéramos que empujar el coche hasta la cuesta.

(Vuelve a sonar el claxon. Se pone en marcha el motor del coche.)

PADRE.— Voy un momento, a ver qué quiere. Seguramente no será nada importante. No hay que ser muy sabio para saber que en realidad ya nada es importante...

(EL PADRE desaparece. Pausa. CORDELIA y LA MADRE miran al cielo. El rumor de las jacarandás, ruge con mucha más intensidad. Se oye la puerta del coche cómo se cierra.)

MADRE.— ¿Prefieres que entremos en casa?

CORDELIA.— Prefiero estar aquí.

MADRE.— Todavía llevas el pelo mojado.

CORDELIA.— Se me ha secado bastante... *(Pausa.)* ¿Tú prefieres que entremos?

MADRE.— No lo sé... *(Pausa. El coche se aleja a toda velocidad. Pausa.)* ¿Siempre lo has querido a él más que a mí, verdad?

CORDELIA.— Nunca he sabido qué es lo que tenías en la cabeza... nunca he sabido qué pasaba por tu cabeza en realidad...

MADRE.— ¿Y qué haces aquí? ¿Por qué no te has ido con tu padre?

CORDELIA.— Él no quería que lo acompañara.

MADRE.— ¿Por qué estás tan segura?

CORDELIA.— No solo por el olfato se descubre el miedo...

(Pausa.)

MADRE.— El viento se ha parado completamente... nada se mueve... como si de pronto todo se quedara a la espera... Solo hay que pasear un rato por las calles de la ciudad para darse cuenta que el mundo entero es una sala de espera... y no solo la humanidad, también los animales

y las plantas están expectantes... Aquí se puede notar perfectamente...
¿No te has fijado que este verano los mosquitos pican con menos virulencia... y cuando pican parece que lo hacen con timidez...? Y las hormigas... ¿no te has fijado que van más lentas y que de vez en cuando rompen la fila y cada una se va a la suya?

(*Pausa.*)

CORDELIA.- ¿Prefieres que entremos en casa?

MADRE.- Entra tú si quieres.

(*Pausa.*)

CORDELIA.- El abuelo todavía estará viendo ese documental.

MADRE.- ¿Por qué le gustarán tanto los castillos antiguos?

CORDELIA.- Quizá porque fue actor.

MADRE.- Tu padre también lo es, y no le gustan lo más mínimo.

CORDELIA.- Pero mi padre no es viejo, ni está loco como el abuelo.

MADRE.- Yo no estoy loca ni vieja... y también me gustan...

CORDELIA.- Pensaba que te gustaban más las catedrales...

MADRE.- ¿Las catedrales?

CORDELIA.- He visto tus planos...

MADRE.- ¿Los planos de la clínica?

CORDELIA.- La verdad es que no se parece nada a una clínica...

MADRE.- ¿Y crees que se parece a una catedral?

CORDELIA.- ¿La cúpula es de cristal?

MADRE.- Podría serlo...

CORDELIA.- ¿Pero cristal transparente o cristal opaco?

MADRE.- Son unas grandes vidrieras...

CORDELIA.- ¿Con colores?

MADRE.- Tiene que estar cubierta por un material translúcido... y que con el paso de los rayos del sol... los que permanezcan en su interior, tengan la sensación de estar en un útero.

(*Pausa.*)

CORDELIA.- ¿Y esos animales... esas esculturas que están en los tejados?

- MADRE.- ¿Las gárgolas...?
CORDELIA.- ¿Para qué sirven?
MADRE.- Para canalizar las aguas del techo... expulsándolas por la boca...
CORDELIA.- ¿Y para nada más?
MADRE.- También son guardianes...
CORDELIA.- ¿Guardianes de qué?
MADRE.- Todavía no lo he decidido... Lo decidiré en la última fase.
CORDELIA.- ¿Son ángeles?
MADRE.- Mitad hombres, y mitad animales...
CORDELIA.- También perros...
MADRE.- Si quieres que haya perros habrá perros...
CORDELIA.- ¿Dónde están los quirófanos?
MADRE.- En lo alto de la torre.
CORDELIA.- Es impresionante esa torre.
MADRE.- A mí todavía no sé si me gusta.
CORDELIA.- Me encanta porque no es ni nueva ni vieja... ¿Qué altura tendrá?
MADRE.- ¿Cuántos metros te gustaría que tuviera?
CORDELIA.- ¿Lo tengo que decidir yo? (*Pausa.*) ¿Cien metros?
MADRE.- Tendrá cien metros de altura...
CORDELIA.- ¿Y ese patio?
MADRE.- ¿El claustro...?
CORDELIA.- ¿Por qué no tiene árboles?
MADRE.- Tendrá jacarandás...
CORDELIA.- ¿Como estas?
MADRE.- Hasta esta noche no lo había decidido... el patio estará lleno de jacarandás en flor.
- (*Pausa.*)
- CORDELIA.- ¿Y para qué sirve?
MADRE.- ¿Qué?
CORDELIA.- El claustro... ¿Para qué sirve el claustro?
MADRE.- Para esperar.
CORDELIA.- ¿A quién?
MADRE.- Para que cada cual espere aquello que más desee.
CORDELIA.- ¿Qué?

MADRE.– Lo que sea.

CORDELIA.– Pero ya no hay tiempo para construir ese claustro donde esperar ni desear nada.

MADRE.– Basta con los planos.

CORDELIA.– ¿Con los planos?

MADRE.– Con desearlo sobre los planos.

(Pausa.)

CORDELIA.– ¿Y tu cliente...?

MADRE.– Todavía no los ha visto...

CORDELIA.– Pensaba que en la ciudad te reunías con él.

MADRE.– Él no vive en la ciudad...

CORDELIA.– ¿Dónde vive?

MADRE.– Siempre está viajando.

CORDELIA.– ¿Y cuándo tienes que entregarle los planos?

MADRE.– Las fechas de entrega las marco yo... prometí que diseñaría ese edificio, pero las fechas de entrega las marco yo...

CORDELIA.– ¿Pero quién te ha encargado esos planos? *(Pausa.)* ¿Dónde se va a construir esa clínica? *(Pausa.)* ¿Cómo se llama el hombre que te ha hecho el encargo?

(Se oyen los ladridos de perros lejanos. Aparece EL ABUELO desnudo con las uñas de los pies pintados y con la escopeta.)

ABUELO.– ¿No habéis oído la jauría? ¿No habéis oído cómo se acerca? No quiero que ninguno de esos miserables canes se arrime a mi nieta. *(Dirigiéndose hacia una silla vacía.)* Hijo, ¿no te da vergüenza estar cruzado de pies y manos, sabiendo que tenemos una manada rabiosa en los lindes de nuestras viñas? ¿Olvidaste que te di en dote la mitad de mi reino? No solo has negado a mi ancianidad lecho, vestido y manutención, sino que además me abandonas vilmente en el campo de batalla... *(Dispara un tiro al aire.)* Fuera de aquí perros traidores... ¿Por qué os habéis revelado contra vuestro rey, si fuisteis mis más fieles vasallos? ¿Acaso os influyeron los hechizos de ese ocioso guijarro que vaga sobre nuestras sienas hilvanando cielos? ¿No me digáis que os habéis convertido en su siniestro séquito? Sois como esos perros fieles que después de dormir con lobos, se despiertan con alma de lobo y

acaban mordiendo a sus amos en la jeta... O esos hombres que después de pernoctar con cerdos, sueñan con llegar a ser ilustres jamones... (*Dispara.*) Hijo, despréndete ya de tus vestidos y píntate como yo las uñas con los esmaltes de la santidad y la imprudencia para defendernos de la jauría... Para esta guerra no vale con refugiarse en los búnkeres del interiorismo, la cata de vinos, las agencias de viajes, y los cosméticos... en esta batalla hay que pelear desnudo, cuerpo a cuerpo con la jauría y el inquebrantable ogro pétreo... ¡Alto ahí! Si pasáis de esos árboles, juro que os meto un disparo entre ceja y ceja... (*Mirando al cielo.*) Tampoco a ti te temo, hiena peñascosa, hechicera corrupta de mis demencias. ¡Vuelve otra vez a agruparte con tu horda estelar ya que aquí no te queremos! No eres más que una patata caliente en las manos de una humanidad amilanada... Pero yo no te tengo miedo... Más que pavor, me das risa... Ataviado con esas galas trágicas, te delata tu maquillaje de descerebrada vedette... ¡Pero yo no te lloraré puta, porque no eres vejez, ni hambre, ni guerra, ni enfermedad, ni demencia, ni desprecio, ni tiranía, ni usura, ni frío! No te lloraré, porque no eres vejez, ni hambre, ni guerra, ni enfermedad, ni demencia... ya que solo eres muerte, muerte, muerte, muerte y solo muerte. (*Dispara.*) Por mucho que tu deseo sea verme bañado en lágrimas, hinchado carcinoma de los cielos, no te daré ese gusto... Antes verás ennegrecer mi carne en las más puercas ciénagas o convertirme en bosta de los más inmundos establos... (*Dispara.*) ¿Y vosotros quién sois? ¿Por qué me miráis tan atemorizados, ratas humanas ocultas tras la maleza? Acostumbrados a pujar en la subasta del miedo... por primera vez no sabéis qué precio poner al pavor... Aquí no sirven las alambradas, ni los guardias jurados, ni los chequeos médicos, ni las alarmas antirrobo, ni las rejas, ni los seguros todo hogar, ni los portones de doble cancela... ni los huevos bajos en colesterol... ¡Te bendigo meteorito, porque llegaste para democratizar el espanto! Qué salgan por ello de todas sus guaridas los magníficos artífices de la utopía... Indispensables sabios, indicarnos cuál es el mejor tramo del río para cruzar a la orilla del nuevo mundo... Mis queridos paisanos, os invito a que seamos los primeros en ingresar en el país de la utopía y dar ejemplo al resto de nuestros conciudadanos... Si es necesario yo ingresaré el primero... Después de tantos siglos de cacería, ha llegado la hora de atender al descuidado jardín... Devolvamos a las rosas sus espinas y auténtico perfume... para que así las estrellas bienhechoras

indiquen con sus lejanos resplandores, la salida de emergencia a este naufragio humano. (*Entre los árboles, entra el claro de la luna.*) Oh luna roja, lenitivo de todos mis males, atizadora de mis últimas brasas varoniles! ¡por fin has llegado para consolarnos de todas nuestras desgracias! Aullad, aullad, aullad, aullad todos a nuestra aliada luna que ha venido para rescatarnos del espanto... oh perros míos, vosotros habéis muerto, pero ya me reuniré muy pronto con vosotros en las perreras celestiales y juro que os cederé como trofeo mi calavera.

(EL ABUELO *baja el rifle, mira a CORDELIA y LA MADRE.*)

ABUELO.— ¿En qué lugar estoy? Por más que recorro mi memoria, no recuerdo, cuál es este lugar... Estoy tan confuso... y tampoco sé por qué no llevo puesto vestido alguno... ¿y por qué tengo las uñas de los pies pintadas como fosforescentes moscas fúnebres...? Vais a reiros de mí, pero tan cierto, como que soy hombre, creo que esta dama es mi hija Cordelia...

CORDELIA.— Soy tu nieta, abuelo.

ABUELO.— No me engaños... Debéis ser indulgentes conmigo, soy viejo y estoy loco. Oh mis pobres perros... locos... han sido ahorcados... Ya no tienen vida... ¿Por qué un sastre, un mandatario, un administrador de fincas, un juez, un banquero, un registrador de la propiedad, todos tienen vida, y vosotros dos en cambio estáis muertos? No volveréis más... por mí culpa no volveréis más, pobres perros míos... ¿en qué senderos oscuros andaréis extraviados, ahora que habéis perdido para siempre el olfato, el oído, la vista y el tacto? (*Toca el rostro de CORDELIA.*) ¿Por qué mi mano, mi piel, palpa tu joven rostro, y no la noto? ¿Qué han hecho estas negras manos para morir prematuramente? (*Coge otra vez la escopeta y vuelve a mirar al cielo.*) Mientras yo sea el guardián celoso de estos vastos dominios, no permitiré que por tu culpa el amor, ni la amistad, se enfríen ni disuelvan entre los hombres, no dejaré que los hermanos se peleen por tu influjo y tampoco que la avaricia, ni la usura se ensanche bajo las siniestras enaguas de la nueva codicia. (*Rompe a llorar.*) Mis pobre perros, no volveréis nunca, nunca, nunca, nunca...

(EL ABUELO *deja la escopeta encima de una de las mesas, se dirige a la silla vacía donde estaba el PADRE.*)

ABUELO.– Hijo... Hijo mío... estoy loco y viejo, estoy, loco, viejo y pobre... Déjame cincuenta euros... solo cincuenta euros... no es un mucho pedir a cambio de una vida... Cincuenta euros no es mucho pedir por una vida en la que no te faltó de nada...

MADRE.– Tu hijo se ha ido...

ABUELO.– Mi hijo... ¿Dónde está mi hijo?

(*Pausa.*)

ABUELO.– (*A la MADRE, arrojándose.*) Oh, Reina madre, debo subir inmediatamente a *La Luna Azul* para entrevistarme con la embajadora del Brasil y despachar trascendentes asuntos para el destino de nuestra patria... No puedo llegar tarde a la cita. ¿Me prestarás cincuenta euros para el taxi?

MADRE.– Espérate aquí, que ya te traigo una camisa limpia y unos pantalones...

ABUELO.– Tráeme solo los cincuenta euros... Después de mis pecados, solo merezco cubrir mi esqueleto con este cuero viejo...

(*La MADRE se dirige hacia la casa. EL ABUELO mira a CORDELIA.*)

ABUELO.– Cordelia... ¿Qué tal te ha ido el día en el colegio?

CORDELIA.– Hoy no he tenido colegio...

ABUELO.– ¿Pero estás mejor del constipado?

CORDELIA.– No estoy constipada.

ABUELO.– Dios mío Cordelia... Tienes un futuro tan prometedor... pero tan prometedor. ¿Eres consciente de que podrás conseguir todo lo que quieras en la vida? Comerte el mundo de un solo bocado si quieres... Cuando a tu talento natural, se sumen todos los conocimientos adquiridos y la experiencia vital... Estoy tan orgulloso de ti... creo que soy el abuelo más orgulloso de la tierra... (*Toca el rostro de la nieta.*) ¿Por qué me miras con ojos de perra triste? Por favor, no me mires con esos ojos de triste perra... ¿me prometes que no vas a decir a nadie lo que has visto ni oído entre estas cuatro paredes? Júramelo...

CORDELIA.– Te lo prometo.

ABUELO.– Estás cuatro paredes únicamente han sido testigos de la caída de estas flores celestes. ¿Te has dado cuenta de que casi todas están ya en el suelo? (*Pausa.*) También me tienes que prometer que no te

vas a acercarse a la vía del tren, prométemelo. Nunca te he puesto la mano encima, pero te juro Cordelia, que si te acercas a esa vía de tren, te doy un guantazo que no olvidarás en toda tu vida.

CORDELIA.— Pero si por esa vía, hace años que no pasan trenes.

ABUELO.— Cuando murió el guardagujas de la garita, la tragedia hizo que dejaran de pasar trenes de pasajeros... pero a altas horas, por la noche, y a una velocidad de mil demonios, todavía pasan trenes de mercancías.

CORDELIA.— ¿Qué mercancías?

ABUELO.— Coches, ganado, queroseno, ropas, carbón, plásticos, vidrios, flores, libros, troncos, muebles, aluminio, soja, pesticidas, harina, carne, salsas, regalos, tijeras, servilletas, vodka, uniformes, alquitrán, velas, lámparas, toallas, detergentes, sal, cobre, calzoncillos, ceniceros, cruces, oro, ventanales, cerezas, sangre, botones, congelados, azulejos, teléfonos, bisagras, pinzas, incienso, armarios, molinos, leche, enchufes, gallinas, recambios, grúas, ordenadores, café, ataúdes, gas, cable, pan, abonos, sierras, cucharas, alfombras, escopetas, perros, pintañas, manos, cartuchos, mesas, sillas, cerveza...

(Coge un vaso de cerveza que estaba en la mesa y se la bebe.)

ABUELO.— Cordelia mía... qué fin del mundo más torpe nos ha tocado vivir..., qué fin del mundo.

(EL ABUELO le da un beso en la frente a CORDELIA y sale por el lado contrario de la casa. Vuelve el viento que mueve ahora con fuerza las ramas. CORDELIA va a una de las mesas donde había dejado las cadenas de los perros. Coge una de ellas y se la coloca en el cuello. Luego mira al cielo. Oscuridad.)